

ROSA

Rosita vive con su abuela en una pequeña casa que ambas han heredado. Todos los días a la salida del colegio, abuela y nieta pasean cogidas de la mano. Cuando hace más frío la pequeña cuela su brazo en el bolsillo de la abuela, esa sensación siempre le reconforta, la abuela le sonrío cariñosa cada vez que lo hace. A Rosita le gusta la cara de su abuela, llena de arrugas, con esos ojos negros pizpiretos y ese olor que le recuerda al pan de la merienda que siempre le espera sobre la mesa.

La abuela de Rosita es una mujer fuerte, risueña, alegre. Lo que más le gusta de su nieta es verla pensar, siempre le hace preguntas cuando Rosita se pone meditabunda. Así las dos aprenden una de la otra, la abuela de la curiosidad con que la nieta mira todo su alrededor y la pequeña de todas las historias que la abuela cuenta.

Una tarde la abuela cayó enferma y Rosita tuvo que volver sola. Repitió cada paso del diario camino a casa mientras miraba curiosa el paisaje, echando de menos aquella vieja mano.

Cuando llegó, entró en la habitación de su abuela y le dijo:

R-Un día llegaré a las estrellas y me haré dueña de una de ellas.

A-¿Y por qué quieres ser dueña de una estrella?, contestó la abuela.

R- Porque desde ahí arriba podré verlo todo, dominarlo todo y así nunca estaré sola.

A-Y cuando llegues, ¿pedirás permiso a la estrella? ¡Puede que a ella no le guste que te hagas su dueña!

Rosita se quedó pensando... -¡pero si le pregunto puede que la estrella no quiera!

Entonces la abuela sentó a Rosita sobre sus piernas y comenzó a contarle una historia.

Un día tu padre paseaba por el pueblo y vio unas flores hermosas creciendo en un pequeño jardín. Quiso hacerse con ellas y abrazó el matorral llenando sus brazos de rasguños. Cuando llegó a casa con el gran ramo de flores, su piel sangraba y estaba irritada. Miró las rosas, se habían marchitado. Lleno de tristeza me contó lo que había pasado. -Sembraremos un rosal y verás como las mismas flores crecen en el jardín si las tratas con cariño y así

□
podrás admirarlas cada día.- Así lo hicimos.

Sin sentirse convencido al día siguiente tu padre pensó -no puedo ser dueño de las rosas, son pequeñas y necesitan cuidados, pero podré ser dueño de la montaña, ella es más grande y no

Cuento Día 25.txt

necesitará que la cuide-. Entonces llamó a sus amigos y les comunicó qué pretendía hacer, ¡sería el más fuerte de todos ellos si conquistaba la cima! Estaba llegando a lo más alto cuando en el último tramo una roca se desprendió rompiendo su pierna.

Al volver a casa malherido me dijo: _ ¡tampoco puedo conquistar la montaña!

-La montaña nos permite que paseemos por sus bosques y laderas, es el hogar de plantas y animales y gracias a ella podemos vivir en el pueblo. ¿Crees que una persona puede ser dueña de todo eso?- le dije.

Tu padre se quedó pensativo, ¿no podría ser dueño de nada?.

Mientras pasaba los días en casa, con el pie roto y los brazos marcados, miró a la gata. Esa gata llevaba ahí años y nunca la había acariciado. Pensó:-tal vez pueda ser dueño de la gata, ¡siempre está en casa!- Entonces sin su permiso, cada vez que se encontraba con ella, la agarraba, la cogía, besaba, acariciaba. Hasta que un día el animal se escapó de él, salió corriendo arañando sus manos. Nunca más quiso volver, nunca más la vimos por casa.

-¿Has visto lo que has hecho? Le pregunté, -¡ya nunca querrá volver con nosotros!

Entristecido y magullado tu padre me dijo -¡Si tan sólo quería ser su dueño!

-No se puede ser dueño del cariño, ni abusar de él. Esa gata estaba siempre a tu lado y nunca te has dado cuenta, ¡no puedes obligarla a ser como quieres!

Unas semanas más tarde cuando tu padre se recuperó, se acercó a mí diciendo: ya no quiero ser dueño de nada, me quedé sin rosas, no pude subir a la montaña y la gata se ha marchado. Y con cada cosa que he pretendido poseer, me he hecho más daño.

Rosita se quedó pensativa. - ¿Abuela, mañana podrás venir a buscarme a la escuela?

-Rosita, creo que es el momento de que empieces a volver sola cada día. Yo te esperaré en casa con la merienda.

Al día siguiente Rosita salía sola del colegio, el viento no dejaba de soplar, incluso le dolía la cara, pero no tenía miedo y

□
estaba contenta de volver y saber que la abuela esperaba en casa. Caminaba sola y feliz. A lo lejos vio la montaña como hablándole. Un gato se cruzó alegre por la acera y cuando llegó, miró las rosas que brotaban cada año en el jardín. Entonces se dio cuenta; si subía a las estrellas y se hacía dueña de una de ellas, nunca más volvería a verla brillar en el cielo.

□